

LA IGLESIA Y LA “DIACONÍA DE LA VERDAD” EN LA ENCÍCLICA *FIDES ET RATIO*

Klaus Berckholtz

Doctor en Teología por la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima (FTPCL). Es profesor en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC, Perú) y en la Universidad de Arizona (UA, EE.UU.). Ha ejercido también la docencia por diez años en la Universidad San Ignacio de Loyola (USIL, Perú). Es director de Publicaciones Presencia y miembro asociado de la Asociación Cultural ICTYS. Ha sido director del Centro Cultural de Investigación y Publicaciones Vida y Espiritualidad (VE). Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *La muerte y nuestra esperanza en el más allá* (2022), *El oscurecimiento de la conciencia sobre la Iglesia y la pérdida de identidad de los cristianos según G. B. Montini* (2021) y *La ecclesiólogía en el “siglo de la Iglesia”* (2020).

RESUMEN

Uno de los problemas que más preocupó a San Juan Pablo II a lo largo de su pontificado fue el de la crisis en torno a la verdad, cuestión que afrontó de manera particular en su encíclica *Fides et ratio*. La celebración del 25° aniversario de su publicación nos ofrece la oportunidad de recordar una de sus enseñanzas: la tarea que frente a ella tiene la Iglesia con lo que él denominó la “diaconía de la verdad”. ¿En qué consiste este servicio? Y, ¿quiénes están llamados a llevarlo a cabo?

El presente artículo busca no solo responder a ambas preguntas, sino también destacar las claves antropológicas, cristológicas y eclesiológicas que el papa Wojtyła brinda en el documento, de modo que, siguiendo sus pasos, también hoy podamos hacer frente a esta problemática con sus nuevas y desafiantes expresiones.

Palabras clave: San Juan Pablo II, Fides et ratio, eclesiología, diaconía de la verdad, antropología.

CRISIS DE LA VERDAD

A lo largo de su pontificado, San Juan Pablo II se mostró especialmente sensible frente al tema de la verdad. Uno de los frutos más significativos en ese sentido lo dio con la publicación de su encíclica *Fides et ratio* (1998), de la que se está conmemorando el XXV aniversario. Sin embargo, dicha preocupación no se circunscribió a ese documento, sino que se dejó notar desde sus primeros pronunciamientos en la Cátedra de Pedro y recorrió su vasto magisterio. Los innumerables encuentros que tuvo con el “mundo de la cultura” en sus diferentes expresiones —característicos de casi todos sus viajes apostólicos—, con los educadores y académicos, con los hombres de ciencia e investigadores y con quienes tienen una relación especialmente cercana con la búsqueda de la verdad fueron solo una muestra de ello.

Atento a los “signos de los tiempos” y a las particulares circunstancias que nos han tocado vivir en este cambio de milenio, el papa Wojtyła manifestó que «entre los peligros que se ciernen sobre la cultura contemporánea, el más grave es la crisis del sentido y de la verdad, generadora de desviaciones morales y de desesperación»¹. En efecto, las serias dificultades que experimentamos hoy en día, incluso 25 años después, parecen tener «como base una crisis de verdad. El sentido de la verdad ha sufrido un serio impacto por todas partes»², generando una «desconfianza en la verdad»³ que parece teñir el panorama contemporáneo. Con palabras muy claras, Juan Pablo II señaló también que:

1 Juan Pablo II, *Discurso a los miembros de la Comisión Teológica Internacional*, 2/12/1994, 5.

2 Juan Pablo II, *Discurso a los profesores, a los universitarios y a los hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra*, 15/5/1982, 6.

3 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 5.

se ha de tener presente que uno de los elementos más importantes de nuestra condición actual es la “crisis del sentido”. Los puntos de vista, a menudo de carácter científico, sobre la vida y sobre el mundo se han multiplicado de tal forma que podemos constatar cómo se produce el fenómeno de la fragmentariedad del saber. Precisamente esto hace difícil y a menudo vana la búsqueda de un sentido. Y, lo que es aún más dramático, en medio de esta baraúnda de datos y de hechos entre los que se vive y que parecen formar la trama misma de la existencia, muchos se preguntan si todavía tiene sentido plantearse la cuestión del sentido⁴.

Todo esto, como es evidente, no se limita al mundo de las ideas o al campo de la investigación científica y teórica, sino que tiene un trágico impacto en el ser humano:

El hombre se pregunta angustiado: “A fin de cuentas, ¿quién soy yo?”. La visión objetiva de la verdad muchas veces se ve substituida por una postura subjetiva más o menos espontánea. La moral objetiva cede su puesto a una ética individual, en la que cada uno parece proponerse a sí mismo como norma de acción y querer que se le exija únicamente ser fiel a esa norma⁵. [Así pues] una verdad utilizada al servicio de los propios intereses ocupa el lugar de la verdad que da al hombre su infranqueable y justa medida y que lo define como hombre en toda su dignidad de imagen de Dios⁶.

Precisamente a esta crisis es a la que pretendió responder con su encíclica *Fides et ratio*. Lo impulsaba a ello «el hecho de que, sobre todo en nuestro tiempo, la búsqueda de la verdad última parece a menudo oscurecida»⁷. Y lo movían tanto el querer ser fiel a la misión que el Señor le había confiado de confirmar a sus hermanos en la fe (véase *Lc 22,32*) como la conciencia de que el ser humano es el primer camino de la Iglesia⁸.

4 Allí mismo, 81.

5 Juan Pablo II, *Discurso a los profesores, a los universitarios y a los hombres de la cultura en la Universidad de Coimbra*, ob. cit., 6.

6 Juan Pablo II, *Discurso a los participantes en el Congreso “Univ 81”*, 14/4/1981, 3.

7 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 5.

8 Véase Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 14.

Inserta en el mundo, aunque sin ser de él, la Iglesia tiene frente a esta encrucijada una ineludible tarea que, con una sugerente expresión, Juan Pablo II calificó como «diaconía de la verdad»⁹. Nos proponemos en el presente trabajo ahondar en esta importante responsabilidad eclesial, buscando en la misma encíclica algunas luces que nos permitan una mejor comprensión de dicha *diakonía*, y ayudándonos con otras referencias de su propio magisterio y de las enseñanzas conciliares que abonan en la misma línea. Buscamos asimismo identificar algunas claves que el papa Wojtyła brinda en el documento a fin de que sus convicciones fundamentales nos sirvan para hallar también hoy formas de hacer frente a esta problemática, que ha adquirido nuevas y desafiantes expresiones.

EL SER HUMANO, EXPLORADOR DE LA VERDAD

Nota distintiva del pensamiento de Juan Pablo II fue su profunda orientación *antropológica*¹⁰ y, desde luego, su encíclica *Fides et ratio* no escapa a esta caracterización. En efecto, no solo su contenido, sino también su mismo esquema, ofrecen una sugerente aproximación dialógica en la que uno de los interlocutores es precisamente el ser humano, a quien Dios —el otro Interlocutor— responde saliendo a su encuentro y ofreciéndole el don de la reconciliación. Queda así evidenciado también un rasgo fundamental de la propuesta antropológica del Santo Padre, y es su concepción integral del ser humano, sin reduccionismos ni mutilaciones. No es un centrarse en el hombre para quedarse en él, sino más bien un partir del ser humano para llegar a Dios, en quien encuentra su plena realización.

Así lo propone desde el proemio mismo de su carta, donde después de recoger aquella hermosa metáfora en la que manifiesta que «la fe y la razón (*fides et ratio*) son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad», afirma que «Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer

9 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 2. Las mismas palabras se encuentran también en el n. 49, pero la idea y términos similares recorren toda la encíclica. Años más tarde, Benedicto XVI también hizo suya esa expresión (véase, p. ej., *Discurso en el encuentro con los educadores católicos*, 17/4/2008; *Discurso en el encuentro con el mundo académico*, 27/9/2009; *Discurso a un grupo de obispos de Estados Unidos con ocasión de su visita "ad Limina"*, 5/5/2012), que hallamos asimismo en el papa Francisco (véase, p. ej., *Discurso a la Fundación Vaticana "Joseph Ratzinger – Benedicto XVI"*, 18/11/2017; *Discurso a los miembros de la dirección de la revista "La Scuola Cattolica"*, 17/6/2022).

10 Véase, además del pasaje ya citado de *Redemptor hominis*, el texto emblemático de *Dives in misericordia*, 30/11/1980, 1, entre muchos otros.

la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo»¹¹. Y así también termina el documento, pidiendo «a todos que fijen su atención en el hombre, que Cristo salvó en el misterio de su amor, y en su permanente búsqueda de verdad y de sentido»¹².

Una primera constatación que nos ofrece el Sucesor de Pedro en su perspectiva antropológica es la estrecha relación que existe entre el ser humano y la verdad, relación que hunde sus raíces en la misma naturaleza humana y que ha sido igualmente destacada por la Revelación. En efecto, recogiendo una famosa expresión de Aristóteles, afirma que «“todos los hombres desean saber”¹³ y la verdad es el objeto propio de este deseo»¹⁴, al punto de que «el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre»¹⁵. Y es que «la sed de verdad está tan radicada en el corazón del hombre que tener que prescindir de ella comprometería la existencia»¹⁶.

Así lo hacía notar utilizando una sugerente figura plástica en un texto que vale la pena recoger:

¿Acaso no ha sido ésta la convicción que ha impulsado al hombre, desde los orígenes de la historia y, luego, poco a poco, en el curso de los siglos, a avanzar por senderos que trepan, con frecuencia escarpados y abruptos, a lo largo de las pendientes de esa montaña fascinante, que tiene el nombre de “Verdad” y cuya cima se sumerge en la bruma luminosa del misterio mismo de Dios? Ha sido un camino nada fácil, en el cual el hombre ha debido pagar personalmente precios a veces muy altos. Pero nada ha podido detenerlo jamás, porque él intuía que en la búsqueda de la verdad estaba en juego *su misma dignidad de ser pensante* [...]. En el descubrimiento de lo verdadero el hombre se realiza a sí mismo¹⁷.

Constantemente reafirma el Santo Padre esta idea, constituyéndose así en uno de los pilares sobre el que construye toda la argumentación de la encíclica.

11 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, proemio.

12 Allí mismo, 107.

13 Aristóteles, *Metafísica*, I,1.

14 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 25.

15 Allí mismo, 3.

16 Allí mismo, 29.

17 Juan Pablo II, *Discurso a los profesores universitarios en el Ateneo del Sagrado Corazón*, Milán, 22/5/1983, 2.

Una primera constatación que nos ofrece el Sucesor de Pedro en su perspectiva antropológica es la estrecha relación que existe entre el ser humano y la verdad, relación que hunde sus raíces en la misma naturaleza humana y que ha sido igualmente destacada por la Revelación.

Este anhelo de verdad, por otro lado, distingue al ser humano de las restantes criaturas terrenas, pues creado a imagen y semejanza de Dios, «el hombre es el único ser en toda la creación visible que no sólo es capaz de saber, sino que sabe también que sabe, y por eso se interesa por la verdad real de lo que se le presenta»¹⁸.

Sin embargo, esta búsqueda de la verdad no se reduce a cuestiones prácticas o parciales, sino que «el hombre busca un absoluto que sea capaz de dar respuesta y sentido a toda su búsqueda. Algo que sea último y fundamento de todo lo demás. En otras palabras, busca una explicación definitiva, un valor supremo, más allá del cual no haya ni pueda haber interrogantes o instancias posteriores»¹⁹. No se contenta con descubrimientos periféricos a sí mismo, sino que pretende encontrar respuesta a la pregunta que su propia existencia es y le plantea, al sentido de su vida, a la razón de ser. Su relación con la verdad es tan honda que incluso «se puede definir, pues, al hombre, como aquel que busca la verdad»²⁰.

JESUCRISTO «REFLEXIONÓ CON INTELIGENCIA DE HOMBRE»

Herido por el pecado y sus nefastas consecuencias, el ser humano no pocas veces se desalienta o se pierde en el camino, apartándose así de su plena realización y aferrándose a respuestas parciales o incorrectas que no logran saciar su nostalgia de sentido. Oscurecida su razón y debilitada su voluntad, no le es extraña la experiencia de hallarse alejado de la verdad que tanto ansía.

18 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 25.

19 Allí mismo, 27.

20 Allí mismo, 28.

Pero la Encarnación del Verbo en las entrañas de Santa María ha inaugurado un tiempo nuevo, un tiempo de reconciliación, en el que la filiación divina se nos ofrece como la senda para reencontrarnos con nosotros mismos, reordenando nuestras facultades y permitiéndonos así una adecuada relación con nuestros hermanos y con la realidad toda. «La venida de Cristo ha sido el acontecimiento de salvación que ha redimido a la razón de su debilidad, librándola de los cepos en los que ella misma se había encadenado»²¹. Ello posibilita al hombre reemprender con confianza su camino en busca de la verdad. Por este motivo el Santo Padre señala enfáticamente que «el misterio de la Encarnación será siempre el punto de referencia para comprender el enigma de la existencia humana, del mundo creado y de Dios mismo [...]. Sólo aquí alcanza su culmen el sentido de la existencia»²². Y es que «lo que la razón humana busca “sin conocerlo” (*Hch* 17,23), puede ser encontrado sólo por medio de Cristo: lo que en Él se revela, en efecto, es la “plena verdad” (cf. *Jn* 1,14-16) de todo ser que en Él y por Él ha sido creado y después encuentra en Él su plenitud (cf. *Col* 1,17)»²³.

Se presenta así otro rasgo característico del pensamiento de San Juan Pablo II que, de alguna manera, es al mismo tiempo fuente y consecuencia de su antropocentrismo trascendente y orientado a lo divino: su profundo *crístocentrismo*. Se trata, por lo demás, de un acento propuesto por el mismo Concilio, sintetizado en aquel emblemático pasaje de la *Gaudium et spes* que «representa uno de los puntos de referencia constante»²⁴ de la enseñanza del papa Wojtyła y que él ha querido citar también en la *Fides et ratio*: «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Pues Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, de Cristo, el Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación»²⁵.

Viene al caso recoger de igual forma unas palabras del mismo pasaje del documento conciliar que iluminan de manera especial el tema que venimos tratando: «Con su Encarnación, Él mismo, el Hijo de Dios, en cierto modo se ha unido con cada hombre. Trabajó con manos de hombre, reflexionó con inteligencia de hombre, actuó con

21 Allí mismo, 22.

22 Allí mismo, 80.

23 Allí mismo, 34.

24 Allí mismo, 60.

25 *Gaudium et spes*, 22, citado en *Fides et ratio*, 60. Véase también *Ecclesia in America*, 22/1/1999, 10.

voluntad humana y amó con humano corazón»²⁶. En el Señor Jesús tenemos, pues, al modelo de humanidad plena. Configurándonos con Él y siguiendo su ejemplo podremos reordenar nuestras facultades y emprender con confianza la búsqueda de la verdad. Él «reflexionó con inteligencia de hombre» y «actuó con voluntad humana», abriéndonos y señalándonos el camino. A nosotros nos toca ahora seguir su ejemplo y dejarnos transformar por su gracia.

Herido por el pecado y sus nefastas consecuencias, el ser humano no pocas veces se desalienta o se pierde en el camino, apartándose así de su plena realización y aferrándose a respuestas parciales o incorrectas que no logran saciar su nostalgia de sentido. Oscurecida su razón y debilitada su voluntad, no le es extraña la experiencia de hallarse alejado de la verdad que tanto ansía.

No debemos olvidar, por otra parte —abordando ahora desde una perspectiva existencial este polisémico término—, que Jesucristo no solo restaura nuestras capacidades para aproximarnos a la verdad y confirma que estamos hechos para la verdad, sino que Él mismo es la Verdad que nuestro corazón tanto ansía y es la Verdad, primero y, ante todo, sobre nosotros mismos, pues al asumir la naturaleza humana, el Hijo de Dios «se ha presentado como la misma Verdad: *Ego sum via, veritas et vita* (Jn 14,6). El camino, fuera del cual nos perdemos en el laberinto de las contradicciones y de los interrogantes sin respuesta; la verdad que nos hace libres (cf. Jn 8,32); la vida, que asegura al hombre la dimensión de la eternidad y desde ahora lo coloca en ella con el don de la gracia»²⁷.

²⁶ *Gaudium et spes*, 22.

²⁷ Juan Pablo II, *Discurso a los representantes del mundo de la cultura*, Florencia, 18/10/1986, 8.

LA IGLESIA, SERVIDORA DE LA VERDAD

La «diaconía de la verdad»

Constituida como sacramento suyo y llamada a continuar su obra reconciliadora en el mundo, la Iglesia está «convencida de la competencia que le incumbe por ser depositaria de la Revelación de Jesucristo» en la labor de guiar al ser humano al encuentro de la verdad, y por ello «quiere reafirmar la necesidad de reflexionar sobre la verdad»²⁸. Y es que «si la Iglesia es “columna y fundamento de la verdad” y ha sido puesta en el mundo como Madre y Maestra, ¿cómo podría olvidar el cometido de enseñar la verdad que constituye un camino de vida?»²⁹. Frente a los problemas que afectan al mundo contemporáneo, «¿cómo podría no preocuparse la Iglesia?»³⁰.

Por esa razón el Santo Padre es muy enfático al afirmar en los primeros numerales de la *Fides et ratio* que «la Iglesia no es ajena, ni puede serlo, a este camino de búsqueda. Desde que, en el Misterio Pascual, ha recibido como don la verdad última sobre la vida del hombre, se ha hecho peregrina por los caminos del mundo para anunciar que Jesucristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6)»³¹. Es más, centrando la atención en la crisis de la verdad que signa a la cultura de nuestro tiempo, el Sucesor de Pedro puntualiza que «entre los diversos servicios que la Iglesia ha de ofrecer a la humanidad, hay uno del cual es responsable de un modo muy particular: la *diaconía de la verdad*. Por una parte, esta misión hace a la comunidad creyente partícipe del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad; y por otra, la obliga a responsabilizarse del anuncio de las certezas adquiridas»³².

Antes de pasar a la explicación de lo que implica esa diaconía de la verdad, conviene que apuntemos dos ideas que de alguna manera están implícitas en el numeral citado. En primer lugar, que la diaconía de la verdad no agota la misión de la Iglesia. Es, sin duda, una tarea especialmente urgente por la situación que atraviesa el mundo actual,

28 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 6. «La Iglesia sólo interviene en virtud de su misión evangélica: tiene el deber de dar a la razón humana la luz de la Revelación, de defender al hombre y de velar por “su dignidad de persona, dotada de alma espiritual, de responsabilidad moral y llamada a la comunión beatífica con Dios”» (Juan Pablo II, *Discurso a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias*, 28/10/1994, 6).

29 Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia*, 2/12/1984, 26.

30 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 85.

31 Allí mismo, 2.

32 Lug. cit.

pero no es la única —pensemos, por ejemplo, en el anuncio de la Buena Nueva, la misión *ad gentes*, la catequesis, el *munus sanctificandi* (los sacramentos y la liturgia), el ministerio de la Palabra, el servicio de la caridad o la promoción humana—. Nuestro contexto cultural exige al Pueblo de Dios asumir con firmeza este encargo, pero ello no debe llevarnos a reducir la misión de la Iglesia a este servicio.

Y, en segundo lugar, aunque pueda parecer quizá redundante recordarlo, es pertinente subrayar la relevancia e incluso la urgencia que en nuestra época ha adquirido esta diaconía. Nótese que el Santo Padre habla de una responsabilidad que le atañe a la Iglesia de un modo no solo destacado o especial, sino «*muy particular*». Paradójicamente, a pesar de estar especialmente necesitados de este servicio, han brotado y buscan consolidarse diversas corrientes que pretenden relativizar o negar este compromiso evangelizador, reduciendo la misión eclesial a un misticismo fideísta, a un espiritualismo impersonal, a una prédica moral o a un mero asistencialismo material, entre otras simplificaciones. No obstante, como hace notar el propio Cristo, «no sólo de pan vive el hombre...» (Mt 4,4). Es más, con Juan Pablo II podemos afirmar que el ser humano de nuestra época «no sólo tiene hambre de pan, a veces tiene más hambre aún de verdad»³³. Por ello, a la Iglesia le corresponde ayudarnos a «descubrir de nuevo los valores esenciales que dan sentido a nuestra existencia terrena» y que «no son de orden material (el “pan” de la tentación), sino que pertenecen a la esfera del espíritu»³⁴, con la conciencia de que «la verdad que viene de Dios es el principal alimento que nos hace crecer como personas, estimula nuestra inteligencia y fortalece nuestra libertad»³⁵.

Por otra parte, y como es evidente, esta tarea no es fruto de una decisión humana ni ha sido una iniciativa personal del Sumo Pontífice, sino que brota de un mandato dado por el mismo Señor Jesús, «pues por voluntad de Cristo la Iglesia católica es la maestra de la verdad, y su misión consiste en anunciar y enseñar auténticamente la verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad los principios de orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana»³⁶. Por ello, San Juan Pablo II anota en la *Fides et ratio* que «en la base de toda la reflexión que la Iglesia lleva a cabo está la conciencia de ser depositaria de un mensaje que tiene su origen en Dios mismo (cf. 2Cor 4,1-2). El conocimiento que ella propone al hombre no pro-

33 Juan Pablo II, *Homilía en la Misa para los obreros en Saint-Denis*, 31/5/1980, 5.

34 Juan Pablo II, *Meditación a la hora del Ángelus*, 24/2/1985, 1.

35 Juan Pablo II, *Discurso a la escuela católica italiana*, 30/10/1999, 1.

36 *Dignitatis humanae*, 14.

viene de su propia especulación, aunque fuese la más alta, sino del hecho de haber acogido en la fe la palabra de Dios (cf. *1Tes 2,13*)»³⁷.

La bimilenaria historia de la Iglesia es testigo de esta preocupación que desde los primeros siglos ha movido a sus hijos, y la propia *Fides et ratio* tiene el mismo interés, procurando antes que nada despertar el espíritu de la investigación y ofreciendo elementos que faciliten la búsqueda de la verdad.

Retomando la explicación de en qué consiste la diaconía de la verdad, el Santo Padre la describe distinguiendo dos grandes ámbitos. Por un lado, la participación de la Iglesia en el «esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad»³⁸. Aquí se inscriben y encuentran su fundamento todas las tareas que la comunidad eclesial emprende relacionadas con el mundo de la educación en sus diferentes niveles —de forma especial la escolar y la universitaria—, la ciencia, la investigación, el arte, la cultura, la filosofía y cualquier actividad o disciplina que ayude al ser humano a un mejor conocimiento del mundo, de la realidad o de sí mismo. Y, por otro lado, implica la obligación «del anuncio de las certezas adquiridas, incluso desde la conciencia de que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios: “Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido” (*1Cor 13,12*)»³⁹. De allí que sea para ella una exigencia perentoria el compartir con los demás, creyentes y no creyentes, no solo las convicciones que ha ido adquiriendo a lo largo de la historia y que la han convertido en “experta en humanidad”, según la feliz expresión de San Pablo VI, sino sobre todo y especialmente las verdades reveladas de las que es depositaria y que nadie más puede proclamar.

¿Qué papel juega el Magisterio en este servicio? El Papa ofrece en la encíclica algunas pistas de reflexión. En primer lugar, precisa que

³⁷ Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 7.

³⁸ Allí mismo, 2.

³⁹ Lug. cit.

«no es tarea ni competencia del Magisterio intervenir para colmar las lagunas de un razonamiento filosófico incompleto». La filosofía y la razón tienen su propio ámbito de desarrollo y deben asumir con creatividad los desafíos que se les presentan. Pero sí es «deber suyo reaccionar de forma clara y firme cuando tesis filosóficas discutibles amenazan la comprensión correcta del dato revelado y cuando se difunden teorías falsas y parciales que siembran graves errores, confundiendo la simplicidad y la pureza de la fe del pueblo de Dios»⁴⁰. Al Magisterio eclesiástico le compete, pues, discernir las propuestas de las diferentes filosofías «a la luz de la fe», indicando «ante todo, los presupuestos y conclusiones filosóficas que fueran incompatibles con la verdad revelada»⁴¹.

Conviene señalar, sin embargo, que este servicio no debe ser entendido «en primer término de forma negativa», como si el Magisterio pretendiera «eliminar o reducir cualquier posible mediación. Al contrario, sus intervenciones se dirigen en primer lugar a estimular, promover y animar el pensamiento filosófico»⁴². La bimilenaria historia de la Iglesia es testigo de esta preocupación que desde los primeros siglos ha movido a sus hijos, y la propia *Fides et ratio* tiene el mismo interés, procurando antes que nada despertar el espíritu de la investigación y ofreciendo elementos que faciliten la búsqueda de la verdad. No es intención del Magisterio limitar, sino todo lo contrario: fomentar, impulsar y alentar.

Un pueblo profético

Ahora bien, ¿quiénes están llamados a ejercer esa diaconía de la verdad? ¿A quiénes corresponde llevar a cabo este servicio?

Por el Bautismo hemos llegado a ser miembros de Cristo y hemos sido incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión⁴³. Es esta, pues, una responsabilidad que compete a todos los miembros del Pueblo de Dios, cada uno desde la particular vocación con la que ha sido bendecido. Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, «el gozo y la esperanza, la tristeza y la angustia de los hombres» de hoy son al mismo tiempo «gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no

40 Allí mismo, 49.

41 Allí mismo, 50.

42 Allí mismo, 51.

43 Véase *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1213.

encuentre eco en su corazón»⁴⁴. ¿Qué más humano que la búsqueda de la verdad? Por ello «el discípulo tiene la obligación grave para con Cristo Maestro de conocer cada día mejor la verdad que de Él ha recibido, de anunciarla fielmente y de defenderla con valentía»⁴⁵. Beneficiarios de un invaluable tesoro, ¿cómo no proclamarlo a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, tan sedientos de encontrar un sentido para sus vidas? ¿Y cómo no formarse adecuadamente para un encargo de tanto calado?

Así lo ha querido destacar también San Juan Pablo II en la *Fides et ratio*. En una nota a pie de página precisamente a su explicación de la diaconía de la verdad, recoge un texto de su primera encíclica con el que pretende iluminar lo que significa este servicio y enfatizar que es una labor que compete a todos los hijos de la Iglesia: «Hemos sido hechos partícipes de esta misión de Cristo-profeta, y en virtud de la misma misión, junto con Él servimos la verdad divina en la Iglesia. La responsabilidad de esta verdad significa también amarla y buscar su comprensión más exacta, para hacerla más cercana a nosotros mismos y a los demás en toda su fuerza salvífica, en su esplendor, en su profundidad y sencillez juntamente»⁴⁶.

Beneficiarios de un invaluable tesoro, ¿cómo no proclamarlo a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo, tan sedientos de encontrar un sentido para sus vidas? ¿Y cómo no formarse adecuadamente para un encargo de tanto calado?

En el mismo número de la *Redemptor hominis* el Papa anotaba que «el sentido de responsabilidad por la verdad es uno de los puntos fundamentales de encuentro de la Iglesia con cada uno de los hombres», y es también «una de las exigencias fundamentales, que determinan la vocación del hombre en la comunidad de la Iglesia». Por ese motivo veía como necesario formar la conciencia de los fieles para «la participación universal de todo el Pueblo de Dios en el oficio profético de Cristo mismo», a lo que añadía: «Conviene que, unida a este

⁴⁴ *Gaudium et spes*, 1.

⁴⁵ *Dignitatis humanae*, 14.

⁴⁶ Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 19, citado en *Fides et ratio*, 2.

hecho, la responsabilidad de la Iglesia por la verdad divina sea cada vez más, y de distintos modos, compartida por todos»⁴⁷.

Si bien es esta una tarea de todos los hijos de la Iglesia, naturalmente no todos están llamados a ejercerla de la misma manera. Como anotábamos algunas líneas más arriba, cada uno debe prestar su servicio a la verdad desde las particularidades de su propia vocación.

Un papel destacado les corresponde sin duda a los obispos, pues ellos han recibido del Señor «la misión de enseñar a todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda criatura», misión que constituye «un verdadero servicio y en la Sagrada Escritura se llama muy significativamente “diaconía”, o sea ministerio (cf. *Hch* 1,17.25; 21,19; *Rom* 11,13; *1Tim* 1,12)»⁴⁸. Ellos están llamados a hacer fructificar la fe y a apartar de la grey los errores que la amenazan⁴⁹. Juan Pablo II subraya, además, que entre las razones que motivaron la publicación de la *Fides et ratio* estuvo «la convicción que expresan las palabras del Concilio Vaticano II, cuando afirma que los Obispos son “testigos de la verdad divina y católica”⁵⁰. Testimoniar la verdad es, pues, una tarea confiada a nosotros, los Obispos; no podemos renunciar a la misma sin descuidar el ministerio que hemos recibido». Por ello se dirige a sus «queridos hermanos en el Episcopado», con quienes comparte «la misión de anunciar “abiertamente la verdad” (*2Cor* 4,2)»⁵¹. Y algunos párrafos más adelante incluso precisa: «Cuando nosotros los Obispos ejercemos este discernimiento tenemos la misión de ser “testigos de la verdad” en el cumplimiento de una *diaconía* humilde pero tenaz... en favor de la *recta ratio*, o sea, de la razón que reflexiona correctamente sobre la verdad»⁵².

Como colaboradores del orden episcopal, los presbíteros tienen asimismo un papel relevante en esta diaconía. Ellos han sido llamados a ser «defensores valientes de la verdad, para que los fieles no se vean arrastrados por todo viento de doctrina»⁵³. Por ello al poco tiempo de iniciado su pontificado el Santo Padre los exhortaba a «tener profundas convicciones filosóficas y teológicas». «Nuestra primera

47 Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 19.

48 Pablo VI, *Lumen gentium*, 24.

49 Véase allí mismo, 25. Además, «los obispos deben dedicarse a su labor apostólica... interesándose no sólo por los que ya siguen al Príncipe de los Pastores, sino consagrándose totalmente por los que de alguna manera perdieron el camino de la verdad» (*Christus Dominus*, 11).

50 Pablo VI, *Lumen gentium*, 25.

51 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 6.

52 Allí mismo, 50. Véase también Juan Pablo II, *Discurso a los obispos de Nueva Inglaterra en visita “ad Limina”*, 24/10/1998, 6.

53 *Presbyterorum ordinis*, 9. Véase *Lumen gentium*, 28.

preocupación hoy —les decía— debe ser la de la verdad, tanto por necesidad interior nuestra como para nuestro ministerio. ¡No podemos sembrar el error o dejar en la sombra de la duda!»⁵⁴.

A los teólogos también les toca un importante aporte. Son ellos quienes deben «devolver, a un mundo que no deja de aspirar a la verdad, aunque de manera oscura, el deseo de alcanzarla», es decir, utilizando aquella «expresión tan profunda de San Agustín, el *gaudium de veritate*, el gozo de la verdad que salva y libra (cf. *Jn 8,32*)»⁵⁵. Ellos están llamados a ser «servidores de la verdad divina», y para responder con fidelidad a su vocación «no pueden nunca perder de vista el significado de su servicio en la Iglesia»⁵⁶.

Y finalmente, para concluir con esta incompleta lista,

¿qué decir aquí de los especialistas en las distintas materias, de los representantes de las ciencias naturales, de las letras, de los médicos, de los juristas, de los hombres del arte y de la técnica, de los profesores de los distintos grados y especializaciones? Todos ellos —como miembros del Pueblo de Dios— tienen su propia parte en la misión profética de Cristo, en su servicio a la verdad divina, incluso mediante la actitud honesta respecto a la verdad, en cualquier campo que ésta pertenezca, mientras educan a los otros en la verdad y les enseñan a madurar en el amor y la justicia⁵⁷.

Así pues, somos todos los hijos de la Iglesia los convocados a ser «colaboradores en la obra de la verdad» (*3Jn 8*), cada uno con los dones particulares que el Señor le ha concedido y desde su propia vocación. Por ello, al concluir la *Fides et ratio*, Juan Pablo II dirige un apellante llamado a «los teólogos» y «a quienes tienen la responsabilidad

54 Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes, religiosos y religiosas de la parroquia romana de San Pío V*, 28/10/1979, 1. Véase *Fides et ratio*, 60, 62, 105.

55 Juan Pablo II, *Discurso a los miembros de la Comisión Teológica Internacional*, 2/12/1994, 5. En *Fides et ratio*, 54 el papa Juan Pablo II recoge un texto de la *Humani generis* de Pío XII sobre el particular: «Ahora bien, a los teólogos y filósofos católicos, a quienes incumbe el grave cargo de defender la verdad divina y humana y sembrarla en las almas de los hombres, no les es lícito ni ignorar ni descuidar esas opiniones que se apartan más o menos del recto camino. Más aún, es menester que las conozcan a fondo, primero porque no se curan bien las enfermedades si no son de antemano debidamente conocidas; luego, porque alguna vez en esos mismos falsos sistemas se esconde algo de verdad; y, finalmente, porque estimulan la mente a investigar y ponderar con más diligencia algunas verdades filosóficas y teológicas».

56 Juan Pablo II, *Redemptor hominis*, 19.

57 Lug. cit. En su *Discurso al mundo de la cultura y a los empresarios*, en Lima, el 15/5/1988, Juan Pablo II también señaló: «La labor que Dios os pide es un servicio a la verdad» (n. 7). Véase asimismo su *Discurso en la Universidad Nicolás Copérnico de Torun*, 7/6/1999, 1.

de la formación sacerdotal»⁵⁸, a «los filósofos», a «los profesores de filosofía» y a «los científicos»⁵⁹, en fin, «a todos»⁶⁰ los cristianos, para que tomen conciencia de este deber que el mundo de hoy reclama, fijando «su atención en el hombre, que Cristo salvó en el misterio de su amor, y en su permanente búsqueda de verdad y de sentido»⁶¹.

CONCLUSIÓN

Las particulares circunstancias históricas que nos han tocado vivir, marcadas por una profunda crisis en torno a la verdad y el surgimiento de nuevos desafíos —como la posverdad; el agudizamiento del relativismo; la preeminencia del subjetivismo; la expansión del “pensamiento débil”; el ensalzamiento de la tolerancia hasta el punto de negar las propias creencias o la misma realidad; la convicción de que no existe la verdad, sino tan solo “verdades”, y estas sujetas a las preferencias de los individuos; la propuesta por parte incluso de obispos o de Conferencias Episcopales de planes “pastorales” que contradicen el depósito de la fe y se acomodan a los reclamos del mundo; la negación del dato objetivo y su reemplazo por autopercepciones—, hacen que las enseñanzas de la *Fides et ratio* no hayan perdido su vigencia y se alcen más bien como una preciosa cantera⁶².

Más allá de las enseñanzas puntuales que el documento pontificio nos brinda —y que son ciertamente muchas—, en él encontramos también las claves antropológicas, cristológicas, existenciales y ecle-siológicas que nos permiten responder a los retos de estos tiempos.

De todo ello brota asimismo la certeza de que hoy como ayer —y quizá aún más que hace 25 años— el contexto contemporáneo exige a la Iglesia que, como continuadora de la misión del Señor Jesús en el mundo, impulse con renovado ímpetu la *diaconía de la verdad*. En efecto, nuestra época «tiene necesidad urgente de esta forma de ser-

58 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 105.

59 Allí mismo, 106.

60 Allí mismo, 107.

61 Lug. cit.

62 Ya en el 2008 el papa Benedicto XVI hacía notar: «A diez años de distancia, una mirada atenta a la encíclica *Fides et ratio* permite percibir con admiración su actualidad perdurable: en ella se revela la clarividente profundidad de mi inolvidable predecesor» (*Discurso a los participantes en un congreso sobre el tema “confianza en la razón” con motivo del X aniversario de la encíclica “Fides et ratio”, 16/8/2008*). Véase asimismo la valoración de este documento por parte del entonces Cardenal Ratzinger en su conferencia *Las catorce encíclicas de Juan Pablo II*, en el Congreso “Juan Pablo II: 25 años de pontificado. La Iglesia al servicio del hombre”, Roma, 9/5/2003.

vicio desinteresado que es el de *proclamar el sentido de la verdad*»⁶³, y la Iglesia, para responder con fidelidad a su misma vocación y razón de ser, debe perseverar constante y pacientemente en esta tarea, a pesar de las dificultades que se le puedan presentar en el camino. A ello la debe alentar el saber que Dios, nuestro Padre, «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2,4) y el comprender que Jesucristo vino al mundo «para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37).

**El contexto contemporáneo exige a la Iglesia que,
como continuadora de la misión del Señor Jesús
en el mundo, impulse con renovado ímpetu
la *diaconía de la verdad*.**

Sin duda no se trata de un encargo fácil, pues «buscar y enseñar la verdad eficazmente es ciertamente una gran misión». Pero precisamente por ello, «para realizarla resulta necesario mirar más allá de las propias fuerzas hacia el Espíritu de la verdad»⁶⁴.

63 Juan Pablo II, Constitución apostólica “Ex corde Ecclesiae” sobre las universidades católicas, 15/8/1990, 4.

64 Juan Pablo II, *Discurso en la Universidad de Sídney*, 26/11/1986, 1.